

nardica vacilaba en atravesar el arroyo, temiendo mojarse los piés. «No me atrevo á meterme en el agua, les gritaba, enferma como estoy.» Decidióse por fin, y comenzó á descalzarse apoyándose en una piedra. Un ruido sordo, parecido á un soplo impetuoso, la ebligó á levantar la cabeza y á mirar en torno de sí. ¡Cosa rara! Los altos álamos que orlaban la ribera estaban inmóviles, sin que se moviese hoja de ellos. «Me habré equivocado,» dijo para sí la niña toda pasmada, y volvió á bajarse de nuevo para descalzar su pié. Pero el ruido misterioso empieza de nuevo al instante y parece oirse más fuerte en dirección de la gruta. Bernardica alza otra vez su cabeza, mira hacia allá..... quiere lanzar un grito, pero la emoción embarga su voz; atónita de lo que está presenciando, póstrase y cae de rodillas.

Maravillosa aparición se destacaba delante de ella sobre el fondo de la gruta, en el nicho ó excavación que hemos descrito. En aquel mismo instante oyéronse de todas las campanas de la comarca las solemnes vibraciones del *Angelus Domini* del medio día.

V

Primera aparición

En medio de una luz deslumbradora, esplendorosa como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella dejóse ver á los ojos de la muchacha.

Parecía de estatura regular, y en todo el vigor y lozanía de la juventud. Vestía traje blanco, tendido, resplandeciente, y de un tejido desconocido. Esta vestidura traía ajustada al talle con un ceñido flotante de color azul.

Largo velo blanco, liso y muy parecido á la vestidura anterior, cubría la cabeza y espaldas, y caía hasta tierra envolviendo en anchos pliegues todo el cuerpo. Los piés, de una limpieza virginal, mostrábanse desnudos, y parecían asentarse sobre el rosal silvestre de que hemos hecho mención. Dos como rosas brillantes, de color de oro, cubrían por su parte superior los piés de la Virgen. Juntas sus blanquísimas manos ante el pecho, ofrecían la actitud de una oración fervorosa, tenía envuelto en ellas un largo rosario blanco como la nieve, cuyas cuentas parecían retocadas de oro, y una hermosa cruz de oro, resplandeciente como las rosas de los piés, colgaba de su extremidad.

La fisonomía de la aparecida irradiaba inefable fe-

licidad. Respiraba á la vez majestad, inocencia, bondad, paz y dulcedumbre. La frente lisa y serena, los ojos de un azul celeste, llenos de hechizo tal que hacían derretir de emoción el corazón de la niña Bernardica. Los labios derramaban suavidad y mansedumbre del todo divinas.

Por otra parte, nada de vago, vaporoso, indeciso ó fluctuante en esta aparición maravillosa. No era fantasma de la imaginación, era realidad viva lo que veía la dichosa muchacha, y aquella forma glorificada presentaba todos los caracteres de un verdadero cuerpo viviente, palpable y lleno de movimiento.

Arrebatada de admiración la humilde niña, no acertaba á dar crédito á lo que veían sus ojos. De en medio de su resplandeciente aureola de luz la hermosa Señora parecía sonreírle deliciosamente, y con ambas manos y con la cabeza dulcemente inclinada hacía como si la saludase.

Bernardica frotábase los ojos, buscando maquinalmente en su bolsillo su rosario, y haciendo como para defenderse la señal de la cruz. Pero su mano se sintió como paralizada. Una vaga inquietud se apoderó de su corazón. Mas en este momento la Señora tomando con la mano derecha la cruz del rosario que colgaba de su puño cerrado, hizo la señal de la cruz, y con una sonrisa de indecible dulzura parecía decir á la muchacha: «Haz como hago yo.» Imitóla Bernardica, y sintió expedito su brazo. La Señora junta otra vez las manos y empieza á rodear entre

sus dedos las cuentas de su rosario. Bernardica empieza á rezar el suyo.

Su hermana la estaba contemplando en aquel mismo punto. Veíala pálida, los ojos en blanco, en la actitud inmóvil y recogida de la oración.

—¡Caramba! dijo á su compañera, mira á Bernardica como reza.

—¡Qué ocurrencia, repuso ésta, venir á rezar aquí! Bastante hay con rezar en la iglesia.

—¡Bah! dejémosla: esta no sabe más que rogar á Dios.

No cuidaron más de Bernardica, y buscando el fresco fueron á sentarse bajo el ramaje de unos pequeños arbustos. Así pasaron todo el rato que cumplió Bernardica en rezar su rosario.

Bernardica continuaba entre tanto siempre inmóvil, clavados los ojos en la misteriosa Señora, tan hermosa, tan dulce.

La Señora con ademán bondadoso hízole con el dedo señal de que se acercase, sin otra voz que ese gesto y su repetida sonrisa. Bernardica no osaba moverse. Al fin la Señora extiende el brazo, se inclina dulcemente, sonríe como por despedida.....

Bernardica echa de ver entonces la roca desnuda, el rosal silvestre solo, y oye y mira á sus compañeras que jugueteaban. La celestial visión había desaparecido.

La Inmaculada Virgen María (pues ella era la aparecida) había vuelto otra vez al secreto impenetrable

de los cielos, cuya gloria no pueden vislumbrar siquiera nuestros sentidos, á no ser por un especial prodigio.

Bernardica se levanta, se descalza precipitadamente, atraviesa el arroyo, y llegándose á sus dos amigas les dice con voz aún toda alterada: «Y vosotras nada habéis visto?» Y respondiendo las muchachas tranquilamente que no, calla ella, y las tres juntitas emprenden de nuevo el camino de Lourdes.

Preguntada entre tanto con empeño por su hermanita, acabó por referirle minuciosamente lo que acababa de ver, haciéndole empero prometer repetidas veces que le guardaría secreto. Sabido luego por la madre, no quiso dar crédito á la relación, y dijo á Bernardica que se dejase de tonterías y de imaginaciones, y que en adelante le prohibía volver á la gruta. La buena madre temía que su hija no fuese víctima de algún lazo de Satanás. Callóse Bernardica, pero sintió oprimirsele el corazón, y al llegar la hora del rezo de la noche, rompió en sollozos, repitiendo su invocación favorita: *Oh Maria, concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos.* Entre tanto ninguna duda le cabía á la muchacha de que realmente fuese la Virgen quien se le había aparecido en la gruta; desde entonces apoderóse de ella un deseo irresistible de volver á ella con la esperanza de ver otra vez á la hermosa Señora.

VI

Segunda aparición

El domingo siguiente, 14 de Febrero, la hermana de Bernardica, Juana la niña vecina suya y otras niñas pidieron con tanta instancia á la madre de la primera que le permitiese volver á la gruta, que ella condescendió. El tiempo era magnífico.

Un pensamiento traía entre tanto ocupadas á aquellas tiernas cabezuelas: ¿quizá esta aparición extraordinaria sea una jugarreta del demonio? «¿Tal vez sea cosa del enemigo malo? decían las chicas á Bernardica. En este caso es preciso echarle agua bendita. Si es el maligno huirá, y tú le dirás: Si vienes de parte de Dios, acércate; si eres cosa del diablo, alejate de ahí.» En el fondo de su corazón estaba Bernardica muy segura de que la aparición no era cosa de Satanás. Prometió, no obstante, obrar como le aconsejaban sus previsoras compañeras. Púsose en marcha, y al pasar por la iglesia tomaron agua bendita en un pequeño frasco: al fin llegaron á la gruta.

Nada ofrecía de particular. «Arrodillémonos, dijo para sí la muchacha, y recemos el Rosario.» Comenzábalo apenas, cuando la fisonomía de la devota niña se iluminó de repente, resplandeció de júbilo, fijáronse sus ojos en la excavación de la gruta con una

expresión indecible de felicidad: otra vez estaba allí presente la hermosísima Señora, esplendorosa como la primera vez, rodeada de luz, sonriente, silenciosa, con su rosario blanco y dorado entre los dedos.

«¡Miradla! exclamó arrebatada Bernardica. ¡Miradla! ¡allí está!» Mas las muchachas compañeras de Bernardica nada vieron. Y al mismo tiempo mostrábase de tal suerte transfigurado el semblante de Bernardica, que las demás no pudieron dudar ni un instante de la realidad de la aparición sobre natural. «¡Ah! ¿no la veis? proseguía ella, ¿no la veis? ahora sonríe, ahora saluda.»

Entonces una de las niñas puso en manos de Bernardica la botellita del agua bendita. Levantóse ésta echando repetidas veces y á chorro el agua en dirección á la imagen aparecida, diciendo á la vez en alta voz: «¡Si venís de parte de Dios, acercaos!» ¡Cosa singular! Sus compañeras no oyeron estas palabras, ni advirtieron que Bernardica hablase.

El agua bendita llegó hasta el rosal silvestre, junto á los piés de la Virgen que, sonriendo todavía con más dulzura, adelantóse hasta el borde mismo de la excavación, inclinándose con sumo cariño hacia la niña. Bernarda dijo segunda vez: «Si venís de parte de Dios, acercaos.» Sin atreverse, empero, á añadir lo restante, tan segura estaba de que lo que veía no procedía del enemigo infernal.

«Con que, ya lo veis, decía entre tanto á sus amigas la niña feliz; cuando le echo agua bendita, alza

los ojos al cielo y se dirige hacia mí.» Y luego añadió: «¿No la veis vosotras? Allí está..... nos mira..... sonríe... de vez en cuando mueve la cabeza... Mirad sus piés..... su ceñidor anda revoloteando. ¿Veis? tiene el rosario rodeado al brazo..... ¡Oh! ¡Cuán hermosa!..... Ahora toma su rosario, y se persigna con él.»

Bernardica se puso otra vez de rodillas, hizo muy extendida la señal de la cruz, quedó inmóvil, y continuó resando su Rosario. Arrodillada, juntas las manos, las cuentas entre sus dedos, tieso el cuerpo como si una fuerza superior se lo sostuviese, pálida, descoloridos los labios, los ojos elevados y fijos, parecía una estatua de una santa en el transporte de su éxtasis. Su rostro semejaba finísima cera. Sonreía, y lágrimas á hilo tendido se mezclaban con su dulce sonrisa.

La Santa Virgen acogía bondadosa la sencilla plegaria de la niña, y le mostraba de continuo las cuentas del rosario, deslizándose suavemente entre sus blancos dedos.

Sonrióle por la vez postrera, como tierno adios, y desapareció.

Al anoecer, toda la población había oído hablar de las maravillas acaecidas en la gruta de Massabielle ya por dos veces seguidas.

VII

— Tercera aparición y primeras palabras de la Virgen

Volvió Bernardica á su casa, henchido de gozo el corazón, poseída únicamente de la idea de los prodigios que había visto. No sabía aún quién podía ser su celestial aparecida. Las demás niñas estaban llenas de miedo; el sér sobrenatural á quien no veían, pero de quien oían hablar con tanta seguridad, les causaba profundo pavor. «Tenemos miedo, Bernardica, dijeron á la niña; no queremos volver más á la gruta. Lo que tú has visto puede tal vez acabar por causarnos algún daño.»

Los padres de Bernardica no dudaron de la sinceridad de su piadosa hija; pero no por eso podían resolverse á creer la realidad de la aparición. «Es muy niña, decían, ha creído ver algo, pero en realidad nada. Son imaginaciones de muchacha.»

Sin embargo, las afirmaciones de la niña eran tan seguras, y sobre todo tan ingenuas; los pormenores tan preciosos; estaban tan acostumbrados á no oír nunca de Bernardica más que la verdad, que los buenos padres en definitiva no sabían á qué atenerse. Así es que no se atrevieron á renovarle su prohibición de ir á la gruta.

Muchos acudieron á casa Soubirous para interrogar á la niña; su relación iba acompañada de tanto

candor y sencillez, que los más prevenidos en contra se volvían convencidos de la realidad del prodigio.

El jueves, 18, una señora llamada Millet, y una joven individua de la Congregación de María, llamada Antonia Peyret, fueron muy de mañana á casa de Bernardica para acompañarla á la gruta. Oyeron la primera misa á las cinco y media en la parroquia del pueblo, y partieron de allí á las rocas de Massabielle. «Será alguna alma del purgatorio que pide sufragios,» decían para sí. En esta suposición previniéronse de un cirio, y temiendo que Bernardica no comprendiese bien lo que se le diría, se habían llevado papel y tintero para apuntarlo ellas.

Una fuerza superior parecía animar á la privilegiada muchacha; sus compañeras apenas podían seguirla; de suerte que llegó algo antes que ellas á la dichosa gruta. Arrodillóse en el sitio acostumbrado, un poco hacia fuera de la entrada; empezó su rosario, mirando á la excavación ó nicho de siempre, vacío aún. De repente lanza un grito de júbilo.... resplandor celestial ilumina el fondo de la cueva; óyese de en medio de la luz una voz que llama á la niña, y aparecele al instante á poca distancia de ella la admirable Señora. Como siempre, sonreíale dulcemente y estaba encantadora. Inclínóse en actitud benévola hacia Bernardica, y con la mano le hizo seña de que se acercase.

Antonia y la señora Millet llegaron entonces y advirtieron el semblante de la niña transfigurado. De-

tuviéronse por un sentimiento instintivo de respeto, hasta que, conociéndolo Bernardica, les dijo con dulzura:

—Allí está, y me ha hecho seña de que me acerque.

—Pregúntale, repusieron, pregúntale si es gustosa de que nosotras estemos aquí contigo. De lo contrario nos retiraremos.

Miró un instante al nicho la niña Bernardica, como consultando á la invisible aparición, y respondió:

—Podeis quedaros.

Y las dos señoras se pusieron de rodillas al lado de Bernardica, y encendieron el cirio bendito que á prevención habían traído.

Bernardica no atendía entre tanto más que á su dulce aparecida. «Acércate á ella le dijeron sus compañeras, ya que te ha llamado y hecho señas. Acércate, y pregúntale quién es y á qué viene á estos lugares. ¿Es por ventura alma en pena que implora sufragios? Dile que escriba en este papel lo que desea. Estamos dispuestas á hacer todo lo que sea necesario para su reposo.»

Bernardica no tenía ya miedo. Las sonrisas con que la Señora misteriosa contestara el domingo anterior á sus exorcismos habían desvanecido toda sombra de inquietud. Tenía confianza sin límites en la hermosa aparición, que entonces se le presentaba más que nunca radiante y afable. Bernardica tomó, pues, el papel, el tintero y la pluma, y dirigióse con

ellos hacia la aparición en ademán de entregárselos. Las dos compañeras se habían puesto en pié para seguirla y escuchar lo que se le diría. Más Bernardica, sin moverse de su lugar, les hizo seña de que no se adelantasen, y ellas se retiraron luego algo confusas.

—Señora mía, dijo entonces con ingénuo sencillez la piadosa muchacha, si algo tenéis que comunicarme, tened la bondad de escribirlo en este papel que os presento.

Las dos compañeras no oyeron palabra alguna de estas, ni advirtieron siquiera movimiento en los labios de la muchacha.

Un momento después, Bernardica bajó lentamente sus brazos, escuchó un instante y volvióse con su papel en la mano.

—Y bien, veamos, ¿qué te ha contestado? le preguntaron sus compañeras.

—¡Ah! respondió la niña feliz; ha sonreído y luego me ha dicho: *Lo que tengo que comunicarte no hay necesidad alguna de escribirlo. Hazme únicamente el obsequio de venirme aquí durante unos quince días seguidos. Yo se lo he prometido, y ella me ha dicho: Yo también te prometo hacerte dichosa, no ciertamente en este mundo, sino en el otro.*

Entonces Bernardica fué á reunirse con sus compañeras: la santa Virgen la iba siguiendo con sus ojos, fijándolos un momento con ternura en la joven

Antonia, que era individua de la Congregación de Hijas de María.

—Ahora os está mirando, dijo Bernardica á Antonia, que quedó estupefacta.

—Pregúntale, dijeron las dos, si le disgustará que durante estos quince días vengamos también nosotras contigo á esta gruta.

Bernardica cumplió el encargo, y la santa Virgen, verdadera Madre de misericordia, le respondió: *Pueden venir contigo ellas y las que gusten.*

Y desapareció, y tras ella desvaneci6se igualmente el resplandor que había iluminado la gruta.

VIII

Los tres primeros días de la quincena milagrosa

Las dos compañeras de Bernardica llevaron á sus parientes y conocidos la nueva de todo lo que habían visto y oído. Estos, vivamente impresionados, empezaron á darles algún crédito y resolvieron acompañarlas á su vez en otra expedición. Bernardica les contó con su acostumbrada sencillez lo que le había dicho la Señora de la gruta, y cómo le había hecho prometer que iría cada día durante una quincena seguida.

Era cabalmente aquel día en Lourdes día de mercado. El rumor de las apariciones de la gruta de

Massabielle se esparció entre la multitud, y desde el día siguiente la gran noticia conmovió, no solamente la población de Lourdes, sino toda su comarca, el llano y la montaña. «Si la aparición es real, decían aquellas buenas gentes, sin duda es María Santísima quien se aparece á Bernardica.»

El viernes, 19, á la madrugada llegó otra vez Bernardica á su querida gruta, acompañada de su padre, madre y de un centenar de personas que la aguardaban ya de antemano en aquel sitio. La multitud de concurrentes fué creciendo sucesivamente. El día 20 eran cuatrocientos ó quinientos; el domingo, 21, algunos miles. Llenaban todos los alrededores de la gruta, y cubrían por completo el terreno comunal al otro lado del arroyo.

La madre de Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el éxtasis de su hija al presentársele la aparición: vió, como todos los demás, su tierna fisonomía, tan modesta y vulgar en su estado natural, iluminarse de repente y como transfigurarse. Su frente estaba radiante. Todos sus rasgos parecían animarse y adquirir no sé qué de celestial y divino; su boca entreabierta expresaba la admiración, la felicidad y la aspiración al cielo; sus ojuelos fijos y brillantes revelaban la dicha de una contemplación deliciosísima, reflejando el gozo inefable de su corazón.

Cuantos han visto á Bernardica en estos momentos de éxtasis, aseguran que nada hay parecido á aquello sobre la tierra, y que la impresión que les